

Gira de fin de año:

LA BIBLIOTECA NACIONAL

—V—



**Alfredo
Cardona
Peña**

Cuando, en los primeros días de enero, al entregar a nuestra Casa de Lectura la obra impresa de Francisco Zúñiga, pronuncié unas palabras, no pude terminar de hablar, impedido por la emoción. Me despedía en ese momento para siempre de la vieja residencia que albergó en la infancia mis primeros deslumbramientos, ya que, según se informó durante el acto, pronto Costa Rica tendrá un nuevo, grande y funcional edificio destinado a los servicios de su Biblioteca Nacional.

Tendría yo siete años, aproximadamente, cuando, un 24 de diciembre (la sala vacía por ser tal fecha) me encontraba en la Biblioteca hojeando las revistas de mi gusto, que eran "Pinochos y Chapetes". La señorita encargada de suministrar las publicaciones me llamó a su escritorio para hacerme un obsequio. Era un libro de dramatizaciones infantiles, con la siguiente dedicatoria: "Al niño Alfredo Cardona Peña, como premio a su asistencia a la sala de lectura".

Recuerdo también una tarde —lo he referido en alguna parte— en que un señor bajito y rechoncho nos contó un cuento. El señor se llamaba don

Joaquín García Monge, y era el abad de aquel Monte Cassino de ilusiones.

Otras veces, manejando las linternas mágicas del recuerdo, me veo atendido por un anciano de visera en la frente, que hablaba sin cuerdas vocales, como con asma, y el cual no me dejaba leer las truculencias de Xavier de Montepin, y sí libros de zoología y esas cosas. Se llamaba don Manuel de la Torre. De él hablo con cariño en mi libro **Primer Paraíso** (1955).

A otro señor recuerdo, que tenía su escritorio en donde ahora se haya la **Sala España**, con un catarro crónico y cuya nariz goteaba constantemente. Se la limpiaba con un pañuelo mugroso, que era como el nido de todos los resfriados del mundo.

Siempre lo encontraba escribiendo números y abreviaturas en unos papelillos rosados, y dejaba su labor para ver las estampillas que le llevaba —pues era filatelista— y a cambio de las cuales me prestaba monólogos cómicos, impresos en libros españoles del año de Maricastaña; monólogos que yo me aprendía de memoria para recitarlos después en veladas y escenarios. Se llamaba don Adolfo Blen. ¡Quién me hubiera dicho que era un eminente maestro de la bibliografía, cuyos servicios han sido invaluable para investigadores y eruditos!

Esto lo he sabido leyendo las útiles, minuciosas y sorprendentes **Notas para la Historia de la Biblioteca Nacional** (1969), escritas con atención ejemplar por don Marco Tulio Zeledón, actual Director General de Bibliotecas. Rindiéndole un justo homenaje a don Adolfo Blen, dice don Marco Tulio:

"Fuera de sus ocupaciones ha-

bituales, don Adolfo consagró muchas horas diarias, con paciencia benedictina, a la formación de un fichero que agrupó unas cincuenta mil papeletas, escritas a mano y colocadas por orden alfabético de autores. En ellas reseñó de los libros, periódicos y revistas, todo cuanto consideró de importancia y motivo de consulta". Y agrega el señor Zeledón: "Además del fichero, el señor Blen dejó escrito un valioso y bien documentado manuscrito, que se mantiene inédito y que se intitula **El periodismo en Costa Rica de 1833 a 1912**" (en realidad llega hasta 1900)."

Y yo pregunto a nuestros periodistas: ¿No sería bueno editar ese manuscrito precioso? Tienen la palabra los escritores de los diarios costarricenses.

Don Marco Tulio Zeledón consigna además en sus **Notas** una noticia que francamente merece ser tomada en cuenta por los funcionarios educativos, para poner remedio a la vergüenza que implica la siguiente desposesión:

"Es penoso que, no por falta de recursos económicos sino por culpa del entramamiento de los procedimientos fiscales, la Biblioteca Nacional no hubiera podido adquirir el único, ejemplar que estaba en manos de un particular, del primer libro que se logró editar en Costa Rica: **Breves Lecciones de Aritmética para uso de los alumnos de la Casa de Sto. Tomás**, escrito por el Bachiller Osejo, y tirado en la Imprenta de la Paz, en 1830".

Mientras ese libro, benemérito y único, no se encuentre en los estantes de la Biblioteca, ésta llorará la pérdida de una de sus manos.